

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 5

Montevideo, Marzo 10 de 1900

TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

IXIÓN

I

La cortinilla del tragaluz cede á los primeros soplos del aura matutina y abre fácil entrada á los ténues reflejos del Alba, que, al penetrar poco á poco en el cuarto de estudio, lo bañan de claridad rosácea y dejan ver en el fondo la silueta del sabio, á quien mantiene insomne el afán de la investigación. Calada la montera, defensa obligatoria de la espaciosa calva y bien aseguradas las antiparras sobre la nariz, espera él, de codos sobre largo *in folio*, la llegada del día, para proseguir en su labor inquiridora. La mesa de trabajo ocupa la tercera parte del aposento, y su tablaje, sostenido por ocho pilastras que rematan hacia lo exterior en sendas cabezas de grifo, se oculta casi del todo bajo innumerables volúmenes, abiertos unos, otros á medio cerrar, y muchos con abundante copia de notas manuscritas ó llenos de signos, marcas y señales al margen de las ya deslustradas páginas como para puntualizar el pasaje, la sentencia ó la máxima que ha de obedecer al conjuro de la memoria cuando llegue el instante de guiar las ideas en pos de la verdad anhelantemente solicitada.

En el muro opuesto se alza larga serie de anaqueles, en donde aguardan, colocados en ringlera, la acción interrogativa del sabio libros de todas las edades, pertenecientes á los más nobles ramos del arte y de la ciencia. Descuellan por su grandor y pergenio unos

de forro pergamináceo, sin tejuelos ni adornos; otros de portada casi ininteligible; varios de rótulo hierático, y no pocos con el dorso cubierto de figuras simbólicas, como para indicar la naturaleza de su texto ó el linaje de su doctrina religiosa.

Allí están los libros canónicos, envueltos en la divina majestad de su origen. Allí el libro egipcio *de los Muertos*, especie de Código de las creencias faraónicas, con sus reglas ó fórmulas de conciencia y sus hondos presentimientos de la eternidad. Allí *Los Vedas*, con sus cantos é himnos en que bajo forma emblemática, llena de poesía vaporosa, se adora y reconoce el inefable principio de la existencia. Allí, *El Mahabaratha*, el colosal poema, donde compite con la magnitud de los hechos la majestad de las descripciones; y *El Ramayana*, que ofrece á la par de graves escenas de religiosa ternura, cuadros cubiertos de lúgubre duelo, bajo el imperio sombrío de la naturaleza consternada. Allí *La Iliada*, en cuyos exámetros se admira la lucha de dos civilizaciones, al través de sucesos combinados con arte insuperable y descritos con vigor irresistible. Allí *La Teogonía*, de Hesiodo con sus combates olímpicos y *las Musas* de Herodoto con sus legendarias narraciones. Allí el *Libro de Las Leyes* y el de *La República*, donde aparece cierto ideal del Estado político, vinculado en prácticas educativas para el logro de una soñada disciplina social. Allí *La Psicología* del Estagirita, con los conceptos diversificativos de la sensibilidad y de la inteligencia; y allí *La Lógica*, con su poderoso mecanismo dialéctico, reforzado por el más noble aparato silogístico. Allí las *Décadas* de Tito Livio, y la parte salvada del *Tratado de las Leyes*, obra del orador romano. Allí también las ciencias exactas y las ciencias naturales, representadas en los seis libros de Diofanto y en las clasificaciones de Dioscórides; como las artes liberales en los tratados de arquitectura de Marco Vitrubio, y las doctrinas del trabajo en el *De rústica* y en el *De arboribus* de Columela. Allí las obras críticas de San Jerónimo, y las apologéticas de Tertuliano, y las dogmáticas de Orígenes; y allí, por último, con los escritos de Teodoreto y el *Tratado de la Resurrección* de Atenágoras y la *Ciudad de Dios* de Aurelio Agustín, toda la vasta porción de ciencia cristiana que abarca los siglos medios, y termina, como en altura ya casi inaccesible, en la *Summa* del más sabio de los santos.

Las andanas de libros que á esa parte de la estantería corresponden, muestran por su deterioración ó menoscabo material, haber sido las de mayor trajín y faena en las consultas del sabio, ó las que han estado más prontas á resolver sus dudas, á metodizar sus ideas, á disminuir sus vacilaciones y á reencender en su espíritu el anhelo de la verdad.

A medida que la distancia se estrecha entre una y otra de las tablas que en forma de ménsulas salen de la parte superior del muro, aparecen en ellas, como en apretado haz, volúmenes coloridos, encuadernados en rústica, de aspecto vario y de delgada paginación, contrapuestos del todo, así por el tamaño como por el carácter tipográfico del texto, á los que ocupan los entrepaños inferiores. Si éstos requieren atril especial para su lectura, aquéllos se hojean en la mano fácilmente; y al paso que unos presentan en gruesa letra y en papel atlántico la serie de sus largos capítulos, ofrecen los otros en folio menor su tipo menudo y sus viñetas y cuadros apaisados, de corte casi simétrico, cual si se tratase de obras destinadas á servir de muestra extrínseca en imprenta de reciente instalación. Intacto, sin huellas de uso, se conserva allí este último acerbo de ediciones, donde el sabio detiene apenas la mirada para recordar un nombre ó verificar la fecha de un adelanto bibliográfico.

La afanosa labor de aquel entendimiento toca en su mayor actividad. Bañada en luz se halla la estancia, merced á los rayos del sol que han penetrado victoriosos por la claraboya al través de la ligera cortina que la cubre. El anciano, erguido ya, no da tregua al deseo de concentrar todo el caudal de conceptos que la antigüedad atesora, así en cuanto al orden psíquico, como respecto de la Naturaleza. Piensa resumir, allá en su mente, por virtud de un supremo esfuerzo analítico, las múltiples ideas en los viejos libros diseminadas, para hacer de los atributos del alma símbolos ú objetos de representación sensible, y de la vida externa campo seguro donde poder reducir á fórmula inequívoca la superioridad del hombre, como parte del gran complejo universal.

Abre otra vez los desgastados volúmenes, recorre sus páginas, escribe nuevas notas y medita largamente acerca de las acciones pasadas y de los hechos constitutivos de cada civilización. Busca

en la existencia social enseñanzas categóricas ; en la esfera científica verdades irrecusables ; en los cielos de la fantasía creaciones sublimes, y en el campo del sentimiento consuelos y esperanzas. Pero el sabio vacila, porque descubre ú oye que la inteligencia humana, olvidada ó descontenta de las obras antiguas, cede á nuevos impulsos, sigue otras corrientes, que acaso la lleven á regiones de más luz, á centros de mayor ó más positiva gloria. El aire le trae los ecos de la moderna escuela, según la cual el arte no es ya la fuerza creadora de los grandes modelos, sino cristal de pura reflexión, ni la ciencia luz tranquila, sino viva difusión de rayos que buscan penetrar, cada cual con proyección distinta, en los viejos asilos de la razón y de la conciencia, para comunicarles calor nuevo y transmitirles el efecto de las más recientes investigaciones. Y ve entonces el anciano cómo la historia se abstiene de recoger, consagradas con el óleo de la verdad, las tendencias peculiares de las remotas épocas, y se dedica más bien á la averiguación de sucesos íntimos, al relato de pasiones personales, con el determinismo por guía, y por objeto una vaga fórmula de psicología social. No aparece ya á sus ojos la imaginación engalanada con los arreos del espíritu, sino dispuesta á forjar tipos de carne, con el negativo prestigio que siempre ofrece la realidad de todo hecho humano, cuando se contempla al través de las últimas miserias de la vida.

Juzga el sabio inútil ó perdida la afanosa labor sobre el antiguo yunque, y desea ya con ahinco metales de reciente aleación para su obra. Poseído de extraño vértigo, lanza de súbito despectivas miradas al montón de venerables volúmenes, confidentes, amigos, hermanos suyos hasta aquel momento de prueba ; y pide al fuego lo liberte de tan tenaces testigos, para poder convertir el espíritu, con mayor holgura, á los modernos ideales.

II

Hacinadas en un ángulo del pavimento comienzan á arder aquellas venerables ediciones, primero con débil llama, que á poco se cambia en estuante hoguera, de la cual parte densa columna de humo en capríchosos giros y variadas ondulaciones. Entretanto el anciano busca con avidez, en los compartimientos altos de la estante-

ría, la serie de obras que hasta allí ha visto con glacial indiferencia; y saca volúmenes tras volúmenes de aquellas apretadas hileras, como si aspirara á recorrer de una vez y á interpretar de golpe tanta lectura distinta, congerie tan complicada de ideas y de argumentos. Del estante pasan los libros á la mesa de estudio, y de allí los toma él nuevamente, deseoso de descifrar en cada título el alcance, tendencia ó carácter de la obra. Y van desfilando ante los ojos del sabio el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* y el *Tratado de las sensaciones*; la *Crítica de la Razón Pura* y la *Crítica de la Razón Práctica*; el *Sistema de Política Positiva*, de Comte, y la *Antropología*, de Fichte; *La Fenomenología del Espíritu* y la *Lógica del ser, de la Ciencia y de la Idea*; *Los Primeros Principios* y *La Ciencia Social*; *El Ideal de la Humanidad* y *El Mundo como voluntad y como representación*; el *Libro sobre la libertad* y *La Ciencia desde el punto de vista filosófico*; *El sistema del Idealismo trascendental*, y otros y otros cuerpos de doctrina, surgidos de las lucubraciones de los modernos maestros. Descienden á la mesa Schelling, con su extraña intuición de lo absoluto, y Hartmann, con sus sombrías declaraciones; así como Taine, con su crítica fisiológica ó científica, y Max Nordau, con sus convencionalismos revolucionarios. Mas en ninguno de tales sacerdotes halla el sitibundo investigador la claridad que solicita, ni la armonía de ideas preconizada por los adalides del nuevo palenque.

En Condillac sólo encuentra paradojas, que no resultan deslumbrantes sino por la majestad expositiva. En las abstracciones psicológicas de Kant y en sus conceptos sobre las facultades del espíritu no ve sino una especie de niebla impenetrable, á pesar del decantado orden en que allí aparecen las formas de la sensibilidad, las categorías del entendimiento y las ideas de la razón. A Comte y á Spencer los mira aplicar sin objeto, ó á lo menos sin resultado, los métodos biológicos al estudio de la sociedad, considerada por ellos como mero organismo; y oye con sorpresa al primero negar ó condenar las explicaciones teológicas, con el intento de desconocer en el orden de la Naturaleza toda acción inteligente y soberana. En Hegel admira la potencia dialéctica; pero lo anonada y abisma aquella Idea absoluta ó pura, que adquiere formas tan aparentemente evolutivas cuanto ineficaces, si se desenvuelven dentro de

la propia esfera donde está representada la unidad del espíritu creador. El sedicente Panenteísmo de Krause no le presta luz alguna, envuelto como se halla en el velo de la hipótesis y revestido como se muestra, de los conceptos más vagos en cuanto á las categorías del ser. Indaga las razones de la desoladora doctrina de Schopenhauer, y descubre que ni él, ni Hartmann mismo, salen del círculo vertiginoso de los supuestos, desde el cual confiesa el célebre maestro del pesimismo que no se han de entender sus proposiciones. Y combatida así la razón del sabio por tal diversidad de elementos ideológicos, prescinde de su investigación científica, y pide á los poetas y noveladores del moderno sistema el auxilio que necesita para iniciarse en los arcanos de la nueva religión intelectual.

Aun cuando el sabio ha oído que en la reciente nomenclatura viene á ser el llamado genéricamente *cuento*, parte esencial y resultado valioso de la conquista realizada por los innovadores del arte narrativo, bien sabe él que las colecciones de Hoffman y de Grimm, de Auerbach y de Andersen, de Dickens y de Fabre, de Feval y de Souvestre, no han de proporcionarle sino el dulce placer de aquilatar el mérito de la imaginación sencillamente creadora, y como inquiere con preferencia lo que llama *temperamento* el oráculo de la escuela realista, pone aquéllas á un lado, para darse á examinar la carne viva de la sociedad, expuesta, cual en luminoso anfiteatro, en las obras de Honorato Balzac y sus discípulos, á quienes tiene que estudiar más en la condición de hábiles disectores que de artistas de fama, á fin de descubrir su índole y comprender la idea ó propósito con que trocaron el luciente cálamo por el ensangrentado escalpelo.

Empieza el sabio su tarea y trae al estudio, después de *La Comedia Humana*, toda la cohorte de creaciones en que resaltan, por la intensidad realista de los cuadros, *Madame Bovary* y *Pot Bouille*, y en que descuellan, por la prodigalidad pictórica, *El Nabab* y *Manette Salomón*. Seguidamente baja de los anaqueles la numerosa familia de los *Rougon Macquart*, con su poderoso bagaje de atavismo y su pesada carga de vicisitudes; y vienen detrás, á modo de cortejo, las innumerables producciones de la moderna escuela noveladora, á cuyas filas se incorporan al cabo Augusto Niemann y Gabriel D'Annunzio, aquél con sus peregrinos recursos dramáticos y éste con sus escenas de travestido sensualismo.

El ya desacordado anciano apenas si columbra, en medio de tal muchedumbre de caracteres, uno que otro capaz de guiarlo, y ello no muy firmemente, en la investigación moral que se propone, pues no entra en su objeto tejer la trama de la verdad con lizos tomados de la parte odiosa de los hechos, sino descubrir en el laberinto humano con el hilo de la Lógica, esa Ariadna del entendimiento, lo que el alma puede producir como caudal de trabajo legítimo, en pro de la sociedad y en honra de la civilización. Y como allí no halla sino efectos de flaqueza, vuelve á otra serie de libros la triste mirada, y demanda luz de auxilio á los renombrados cantores del rito literario, por quienes espera todavía ver pintada la vida con los nobles colores de la inspiración.

Surge de pronto á su conjuro la gran legión de trovadores, unos con el simbolismo de *Sagramor* y de *Belkiss*; otros con el nimio acicalamiento de *Los Trofeos* y de los *Poemas Trágicos*: cuales, como Baudelaire, con las visiones del viejo maestro y la rara forma de sus poéticos atributos; cuales, como Verlaine, con la deprecación del caído ó la imprecación del exaltado, lanzada una ú otra, ya en frases artísticas, ya en forma persistentemente batológica, según el medio en que se ejerciten las facultades creadoras, ó el minuto en que se contemplan la realidades de la vida. Comparecen luego los celebrados reformadores de las cláusulas rítmicas, y muestran ufanos su extraño pentágrama de combinaciones métricas, en donde se aunan el sonido y los colores por singular manera y como por obra de magos, para hacer olvidable, ó anular radicalmente, el tono musical de los antiguos versificadores. Mas el anciano, á quien el montón de volúmenes que ha recorrido sobresalta ya y se agobia, no encuentra, ni en la fantasía de aquéllos ni en el esfuerzo de los otros, lo que tanto admiró en los bardos de las remotas edades: la natural concepción de la idea sin la tiránica preocupación de la forma: el genuino brillo de la imagen sin el auxilio de exteriores atavíos.

Va el sabio sintiendo desde aquel punto renacer en el alma el amor á los desechados libros, á los que siempre le ofrecieron fruto deleitoso, ora tomado del campo de la ciencia, ora recogido en las verdes praderas del arte antiguo, tan llenas para él de suaves aromas, tan hermoseadas por el noble culto de la Naturaleza. Y torna

los cansados ojos al rincón de donde sale todavía leve columna de humo, que ve como el símbolo de sus anhelos y esperanzas. Quiere asirla, como deseoso de conservar algo de aquellos viejos compañeros de sus meditaciones, y sus manos no abarcan sino el vacío. Intenta abrazarla, con el ansia de alcanzar que el espíritu de las incineradas obras se trasfunda en el suyo, y sólo consigue desviar el caprichoso giro de aquella densa nube, que sigue en espiral continua hasta perderse tras la abertura del tragaluz, por donde ya penetran los rayos de la tarde. El viento, al mover la cortinilla hace temblar sobre la estantería y el pavimento los reflejos del sol; y por ilusión óptica, ó acaso por desvarío de la mente, cree el anciano que á su alrededor se agitan, animados por extraño conjuro, todos los objetos de la estancia. Los grifos de la mesa se yerguen; los tomos allí aglomerados saltan, como heridos por vara magnética, y van á unirse de nuevo sobre las rotas hileras del estante. Las pálidas cenizas, resto único de las destruidas ediciones, se esparcen como impulsadas por extraño soplo, y forman en el aire mil figuras simbólicas, que rodean la columna de humo, ya próxima á extinguirse. El consternado anciano las ve, las interroga, les dirige clamorosas súplicas, y abre, por último, los brazos con desesperado esfuerzo, para detener el postrer girón de la débil nubecilla, que al fin desaparece tras la abierta claraboya, por la cual entran, mientras tanto, las sombras de la noche, y velan del todo aquel misterioso aposento.

Manuel Fombona Palacio,

Venezolano.

AZAHARES

Blancos como un emblema de pureza

Despidiendo su cáliz suave aroma,

Brillantes de belleza,

Los azahares rodeaban su cabeza

Y su alba frente do el pudor asoma.

¡Quién pudiera decir en ese instante
 Cuál fuera más hermosa, cuál más pura;
 La virgen que llevaba radiante
 Los azahares fragantes,
 O la flor que adornaba su hermosura.

Concepción Mestre de Silva.

EL TOQUE DE ÁNIMAS

(MEDITACIÓN)

Para LA REVISTA.

... se óde squilla di lontano,
 Che paia il giorno pianger che si more;
 (*Dante, Purg. VIII, ó, 6*).

No sé qué misteriosa atracción, qué secreto impulso me movieron poderosos á visitar, en aquella hora melancólica, la soledad de las tumbas.

Cuando el Sol, ya bajo en el ocaso, comenzaba á hundir su encendido disco en la brillante superficie de las aguas y, dándonos un adiós prolongado, fulguraba amortiguándose el crepúsculo vespertino; cuando el aura leda y triste, susurraba apenas en la lejana arboleda, y las aves, adormecidas, callaban en su dulce cantar; y cuando, entre sombras, la noche avanzaba adusta y obscura, cubriendo con denso velo la Naturaleza; entonces, con paso tardo y cansado, abandoné la playa arenosa y desolada y emprendí el camino, de empinado ascenso, por el áspero sendero que va á terminar en aquella morada fúnebre donde crecen el mirto y el ciprés, emblemas del amor y la tristeza.

Allí, reclinado en la lápida dura de un sepulcro, que enhiesto coronaba un ángel gigantesco, con las alas abiertas, cuando la luz difusa del crepúsculo moría y llegaba á mis oídos el sordo rumor del oleaje, que perdurablemente bate las bajas y derruidas tapias que

cierran el fondo del cementerio, una voz misteriosa, la voz de la soledad, me dijo: «¡Medita!».

Mi mente obedeció y medité...

Largo rato permanecí inmóvil; pero, al fin, saliendo de la abstracción en que me hallaba, dirigí en torno mío la mirada y en aquel recinto silencioso divisé sombríos y numerosos sepulcros que, espaciados á trechos regulares y dispuestos en largas hileras, se destacaban vagos bajo la sombra oscura de los altos eucaliptus, de los sauces y de los cipreses, esos árboles tristísimos de copa piramidal y tupido ramaje, de un verde profundo y perenne; árboles lúgubres que no se agostan jamás y en los que la mano de la desesperación parece haber grabado, indeleble, la huella de un dolor terrible y eterno.

En torno de aquellos sepulcros iluminados, de vez en cuando, por la vaga y fosforescente llama de los fuegos fatuos, una aridez monótona, horrible, reinaba por doquier; pero, cerca de la marmórea y ostentosa tumba en que me apoyaba, había otra mucho más modesta, viejo cipo funerario de columna ática, truncada, sin verja que le resguardase y cuya inscripción borrosa por la acción del tiempo, ya ilegible, hacía imposible pudiera conocerse quién descansaba en su antro helado, por una eternidad.

Mas, al pie de él, muchas margaritas y campánulas, tiernas florecillas tan débiles que un insignificante soplo podría dispersarlas por el aire, esparcían un aroma tenue y delicado, que flotaba en el ambiente tan solitario como ellas mismas.

Aquella tumba parecióme el jardín de la muerte.

¿Qué genio benéfico cultiva amante las flores de ese sepulcro y hace que, siempre florido, desaparezca de él la atmósfera de impalpable hielo que reina sobre los demás?

¿Quién duerme el sueño eterno de la muerte bajo esa pesada y tosca losa, á la sombra triste de un sauce amarillento, último amigo que llora la memoria de los muertos?

¿Quién es el ser que acabó aquí la gran jornada de la vida y descansa tranquilo en el sepulcro solitario para despertar al eco emplazador de funeral trompeta en el día, último del Juicio?

¿Quién es? Nadie lo sabe.

Pero, el árbol de las tristezas infinitas y de los dolores sin tér-

mino, que inclinado sobre esa tumba vierte en ella lágrimas de su savia y llora hasta secar sus ramas y su raíz; el ave que á la hora de la siesta baja á apagar su sed devoradora en el agua pura y cristalina con que la lluvia mansa del cielo llenó las grietas de su piedra; y esas mismas flores que la embellecen y le prestan su fragancia, me dicen que esa es la postrer morada del bueno, el último asilo de un justo.

Ah! lanzado el hombre á la vida, como á los hijos de Baal y de Astaroth, errantes por la maldición de Dios, una voz poderosa, secreta, halagadora murmura á su oído: « Anda, sacude el polvo de tus sandalias, mueve tu cayado sobre los senderos desconocidos y, nómade de todos los tiempos, anda! »

¡Anda!, murmuran los arroyos, ¡anda! las selvas y el eco repite: « Anda! »

Y anda. Y en vano el soplo violento de las pasiones y el escollo de los desengaños le advierten el peligro; oh! imposible es detenerse, es preciso cruzar ese mar anchuroso y sin fondo, cuyas ondas, agitadas y tumultuosas, concluyen por devorarnos hundiéndonos en el abismo insondable de la muerte!

El hombre acaba sus días; en el *index* inmutable de sus altos designios contados por Dios están; pero, la muerte, destructora de la materia, no puede acabar con su memoria que vive eterna en el corazón de aquellos que amó y le amaron.

Por eso, en el triste aniversario de su dolorosa pérdida, van á llorar sobre su tumba y á depositar un beso ardiente sobre aquella fría piedra que guarda en su morada de hielo, rodeada de misterio, los restos de un ser para ellos tan querido.

Por eso, el ave que á la hora de la siesta baja á apagar su sed devoradora en el hoyo de su piedra, rauda se eleva cantando; canta y sus gorgoros resuenan tristes, pues son himnos al dolor.

Por eso, las campanas al llamar á la oración en esa hora de calma y de misterio, tañen con eco funeral que doliente llega hasta lo más recóndito del alma!..

Ahora, la noche ha cerrado completamente. La luna llena empieza á ascender por Oriente iluminando con su lumbrer mortecina y amarillenta los médanos de la costa, la playa arenosa, la mar en calma y esta mansión sagrada, igualmente tranquila, pero

en la que también hay náufragos: náufragos del Olvido, á pesar de sus lujosos mausoleos y de su perpetuo reposo.

La noche serena aumenta el esplendor de la Naturaleza. En el inmenso manto azul del cielo titilan las constelaciones, esas luminarias gigantes en las que los astrólogos saben leer el apotelesma influenciario de nuestro destino.

Es la sonochada, la hora de los terrores supersticiosos, en que el ánimo decae y profundamente se conmueve, en que se enternece el corazón del hombre.

¿Y yo? Yo estoy aquí, sólo, en la Persépolis de los muertos. Un silencio profundo reina á mi alrededor: el silencio de la muerte, que sólo interrumpe algunos instantes, con el tembloroso rumoroso de sus revuelos y sus ásperos chillidos, el ascalafío repugnante, agorero de la desgracia.

Pero no, no estoy solo en la nada de las penumbras pálidas, más terribles que la espesa tiniebla, porque traen á la retina la imagen desmesurada de las formas imposibles de esos trasgos que nos forja el miedo y de los fantasmas que el terror inventa, corte de lemíreas sombras que vagan silentes, y que, tristes, como la infortunada Laodamia, van á morir abrazadas á otras sombras.

No, no estoy solo vertiendo el lloro de muertas esperanzas y sentado en un sepulcro, como el bardo inconsolable en la tumba de sus padres; la brisa nocturna, que blanda agita la erguida copa de los árboles, trae á mi oído en sus ligeras alas un son prolongado y lejano; sí, es el toque de Ánimas.

¡Ah! ¡qué triste es ese tañido lúgubre!

Él ha marcado un día más en la carrera del Tiempo, un paso más en el camino de la vida, un paso más hacia la tumba.

Su claro sonido, vibrando lento y alternado, ora agudo, ora grave, es una voz profética que, implacable, nos recuerda nuestro pasado.

En esa hora melancólica el eco doliente del bronce, que en la alta torre de la iglesia vecina *parece llorar el día que muere*, hace que nuestros ojos derramen una lágrima y que nuestro labio trémulo murmure una oración!

Las ocho han dado y han sonado las últimas campanadas del « Ángelus ».

Oigo el ruido de un gran manojó de llaves y los pasos pesados de alguien que viene hacia mí, haciendo crujir el piso enarenado de la angosta calle que costea el pie del muro, estampado hasta arriba de las variadas lápidas que cierran los nichos, como incommensurable casillero donde reposan, para siempre, los que fueron.

Se acerca cada vez más y brilla en la oscuridad, agrandándose y achicándose, con movimiento acompasado, sobre el suelo, el óvalo luminoso del lente convexo de una linterna sorda.

No quiero que me tomen por un eurinomo que merme la flaca carne en esta inmensa necrópolis. Salvemos la rota verja que perfuma las madre-selvas y que tapiza la hiedra, porque el que se aproxima es *un vivo* que puede pedirnos cuenta de lo que hacíamos aquí.

Afuera respiro libremente y desechando vanos temores, vuelvo al bullicio de la ciudad, á la vorágine de la vida.

Adriano M. Aguiar.

Diciembre de 1899.

SONETOS

I

RASGOS

Es un rayo de luz desvanecido
en negros nubarrones la tormenta;
y avanza, por doquier, como sedienta
y brava res que el cazador ha herido.

Y parte de los bosques un quejido
que á las salvajes fieras amedrenta;
la canora avecilla escucha atenta
la voz del huracán desde su nido.

La luz rojiza que precede al rayo
se pierde en el vacío, en pos el trueno
con eco vibrador domina en todo.

Y el árbol se conmueve en su desmayo
al sentir que penetra por su seno
la lluvia en maridaje con el lodo.

II

BOCETO

Como cielo cubierto de crespones
de negras nubes, en ardiente tarde,
es el alma del malo, que cobarde
goza en herir los nobles corazones.

Esclavo de bastardas intenciones
alienta el corazón, haciendo alarde
de la impureza que en su pecho arde,
extraño al bien y á nobles ambiciones.

Sin Dios, ni ley, ni justo pensamiento
se prosterna tan sólo ante el impío,
de lo que está su corazón sediento.

Ser infeliz que la borrasca hiere,
sin dominar su espíritu sombrío,
como inmundo reptil á solas muere.

III

EL SOLDADO

¡Es el instante de la lid tremenda!
Y entre el fragor del batallar avanza
intrépido el soldado: es su esperanza
vencer sin miedo en la feroz contienda.

Encarnizado y cruel sigue la senda
donde el héroe sin nombre sólo alcanza
la muerte ó el olvido: es la matanza
que ennoblece por ser patriota ofrenda.

¡Qué importa si en la lucha cae herido
al pie del pabellón idolatrado,
si vislumbra en su mente enardecida,

libre el pueblo que heroico ha defendido
de toda humillación: ¡Gloria al soldado
que en honor de la patria da su vida!

IV

EL ISLEÑO

Festonan el islote la gramilla
fresca y lozana, el trébol primoroso,
el sauce y el naranjo generoso,
el espinillo, y flor de manzanilla.

Y luce sin adornos y á la orilla
del arroyo que marcha presuroso
el rancho del isleño, que dichoso
disfruta sin dolor vida sencilla.

La soledad meció su pobre cuna,
Su corazón, de la verdad hermano,
y es la pesca y la caza su fortuna.

Y no perturban su vivir sereno
las ambiciones de ese mundo vano,
que en copa de placer nos da veneno.

V

BARTRINA

Penetró en los secretos de la ciencia
buscando la razón de lo creado
y el último porqué, jamás hallado,
le arrebató la paz de su existencia.

Al crimen fustigó, la vil conciencia
de ese mundo social, envenenado
con néctar de placer, miró asombrado
al comprenderlo todo su experiencia.

Su corazón, su corazón de niño,
desgarró en las contiendas de la vida,
arrancándole el mal profundo llanto.

Y en el cielo buscó paz y cariño
á su alma de dolor estremecida
entre los ritmos de sublime canto.

Luis Martínez Marcos.

Santa Fe, Febrero de 1900.

PIEDRA DE TOQUE

(Conclusión)

—Hablas con un aplomo que no parece sino que estuviera en tu mano disponer de su voluntad.

—Julio, eres muy joven, y la poca experiencia te cierra los ojos impidiéndote ver el camino que debes seguir; no conoces el corazón humano y por eso te desesperas de tal suerte. Muchos hay que como tú sintieron desvanecerse sus ilusiones y no han encontrado el medio de convertirlas en realidad, porque les ha faltado un buen consejo. No sólo han visto frustrados sus deseos, sino que, arrastrado, por los impulsos han causado su perdición y la ajena. Sí, mi querido Julio, esa joven que tú quieres te ha de corresponder por un medio muy sencillo: interesa su amor propio, hazte el indiferente. Cree lo que te digo: cuando ella note que en el círculo de sus constantes adoradores faltas tú, entonces se sentirá herida, y se preguntará cómo has podido ser indiferente á sus hechizos.

Tratará de conquistarte y si te das maña, nada será más fácil que hacerla caer.

— ¡Ah! ¡Qué horizonte muestras á mi vista!

Tal vez tengas razón. Sí, estoy dispuesto á seguir tu consejo. Usaré con ella únicamente las fórmulas que exige la cultura.

—Felizmente, Jorge, tienes un carácter que te permite razonar, y á pesar de tus arrebatos, si te indican que es necesario calma, sabes servirte de ella! Ojalá pueda encontrarte siempre en circunstancias como la presente, para hacerte ver tu conveniencia.

Ahora vámonos de aquí, porque el vientecito este es muy á propósito para coger una pulmonía. ¿Quieres que juguemos unas carambolas?

—Sí, vamos.

Aquí terminó el diálogo: se dirigieron ambos jóvenes á la Confitería Americana, en donde permanecieron próximamente hasta las nueve, hora en que se separaron, pues esa noche se daba un espléndido recibo en lo de X... Concurriría Luisa y dispuesto como estaba Jorge á seguir los consejos de su amigo, no quería perder aquella ocasión.

Vistióse, pues, de etiqueta y un tanto nervioso penetró después en el magnífico salón.

Ya estaban allí en amable plática varios de sus amigos y amigas; la dueña de casa hacía los honores con esa delicadeza y exquisita atención propias de las gentes de buena sociedad.

Salió á su encuentro la distinguida dama, y felicitándose de la llegada de Jorge, pues así tendremos, dijo, un buen número de canto en el programa.

El primer cuidado de Jorge fué saber si era Luisa de la reunión: no tardó mucho en verla rodeada como siempre de varios jóvenes que se afanaban por agradarla con frases más ó menos felices.

Se dirigió hacia el grupo y después de permanecer algunos momentos en su compañía, rogó á la dueña de casa le permitiera acompañar en el piano á la preciosa joven Lucía que sabía había de cantar el aria de la «Gioconda».

Empezaba, pues, á poner en práctica el plan que se había trazado. Antes, acostumbraba permanecer al lado de Luisa mayor tiempo conversando con ella de mil cosas.

Puso especial empeño en hacer lucir á su compañera, guiándola con gran cuidado, y lo consiguió ampliamente, como bien lo demostraron las demostraciones de agrado que se dejaron oír al dar Lucía la última nota.

La felicitó Jorge calurosamente y mostróse con ella muy obsecuente, manteniendo una animada conversación; justamente, pasó Luisa á su lado en momentos en que era más interesante, y le dijo:

—Está usted muy entretenido, según parece.

—Es verdad, le contestó. ¿Cómo podría ser de otro modo teniendo á mi lado á la señorita Lucía?

Acaso fué ilusión, pero parecióle á Jorge notar en las palabras de Luisa un ligero acento de despecho, que le llenó de alegría.

¿Sería posible que lograra sus deseos?

Intentado estuvo á deshacer lo hecho; ¡tan inconstantes somos! pero reaccionó rápidamente y se dijo que ilusión ó no, si había de alcanzar el cariño de Luisa aquel era el único medio para vencer su carácter y debía emplearlo, haber conseguido dominar en sus sentimientos.

Luisa, invitada, acercóse al piano y ejecutó un hermoso vals de Chopín. Sus dedos de nieve y rosas recorrían el teclado con una agilidad sorprendente, las notas parecían surgir como evocadas por un hada y una sensibilidad artística esquisita se revelaba en el alma de aquella joven para quien no llegara aún el momento de apasionarse, porque nadie había logrado dar con la llave de oro que abriese el tesoro que aprisionaba.

Jorge sintióse preso de una lucha cruel; de un lado su corazón que lo lanzaba adelante, y de otro su cerebro que le gritaba: ¡calma, calma, si no quieres perderlo todo!

La imagen de su buen amigo acudió á su mente y le fortaleció en su propósito.

Se dirigió á Luisa y la felicitó, pero con suma cautela, de manera que no viese en su acción otra cosa que un sentimiento natural provocado por su feliz interpretación, unido á una galantería propia.

Terminó aquel recibo, se sucedieron otros á los que unas veces fué Jorge y otras, sabiendo que ella asistía se privó de ese placer. En todos siguió igual táctica observando con alegría que su amigo no se había equivocado. Primero fué su amor propio de mujer bonita el interesado, y lo fué después su corazón.

Fácilmente pudo comprenderlo, al notar la atención con que lo recibía cada vez que se acercaba á ella, la timidez y hasta cortedad de sus contestaciones y el ligero despecho que á su pesar se traslucía en sus miradas cuando obedeciendo á sus planes cortaba la conversación alejándose de su lado.

El baile estaba en su apogeo; el hermoso salón parecía una mansión soñada; las luces, espejos, tapices, adornos de todo género, las plantas y flores, el encantador y singular murmullo de cien voces que se emiten á la vez, el cambio fantástico de mil colores de las perlas preciosas, los armoniosos acordes de los instrumentos y los blandos balanceos de las parejas, producían en el ánimo impresión tal, que creíase uno presa de un sueño fantástico.

Luisa estaba aquella noche encantadora, lucía un traje blanco de seda que se ceñía admirablemente á sus perfectas formas; llevaba en la cabeza una guirnalda de frescas flores que prestaban á su rostro mayor expresión; no llevaba más joyas que una sortija y unos pendientes, pero jamás pareció tan hermosa á pesar de la sencillez con qua vestía.

Dejábanse oír los preludios de un vals, el mismo de Chopín que en el recibo de X... ejecutara Luisa.

Se lo hizo notar Jorge al mismo tiempo que la invitaba á bailar. Sentía estallar sus sentimientos bajo el influjo de su mirada arrobadora; veía que no le era posible disimular por más tiempo, pero comprendía que una torpeza, podía, sino hacerle perder el terreno ganado, cuando menos comprometer el éxito final; era, pues, preciso sufrir aún. La fuerza misma de las circunstancias traería un desenlace ya próximo.

En efecto; perdiéronse en el aire los últimos acentos de la música, su mano dejó de estrechar el esbelto talle, y enlazados sus brazos, paseáronse algún tiempo por el salón. Obedeciendo á un impulso irresistible, la condujo finalmente al ambigú, donde la hizo sentar con el pretexto de estar algo fatigado.

Estaban solos: ofrecióle Jorge una copa de champagne. El fino cristal temblaba en manos de Luisa; no menos emocionado Jorge, casi no acertaba á hablar.

Pudo romper por fin aquella indecisión, más elocuente, empero, que la más estudiada frase. Poco á poco la conversación fué animando, el coloquio adquiría poco á poco intimidad, el acento se hizo insensiblemente cada vez más quedo.

La situación en que vinieron á hallarse rompió la valla ficticia que los apartaba, y bien pronto sus miradas se dijeron lo que en sus almas pasaba.

Un « sí » débil como un suspiro se escapó de los labios de Luisa respondiendo á Jorge.

El champagne hervía en tanto en las copas, pareciendo remedar un himno de hosanna á los reyes del Universo: el Amor y la Razón.

Alejandro Lamas.

CANSADO

Enfermo y en el fondo de mi lecho,
sin que este mal pueda explicar la ciencia,
dejo vagar mi mente fatigada
por el revuelto mar de mi existencia.

A través de los vidrios de mi puerta,
bajo un cielo de ardientes resplandores,
alcanzo á ver doradas mariposas
libar la miel de las fragantes flores.

Lanzan las aves sus alegres trinos
al perderse, jugando, entre los brezos,
y hasta mí llega así como un murmullo
de notas, de suspiros y de besos.

La tierra se estremece con más vida
y se acaricia el universo entero:
sólo yo que me abato en la agonía,
desesperado y sin amor, me muero.

¿Dónde encontrar un ser que me dijera,
abandonando el mundanal orgullo:
desesperado, criminal ó loco,
te doy mi corazón, tómallo... es tuyo?

¿Dónde encontrar otra alma que con mi alma
se abraza y las transforme en una sola,
y marchen en tan íntimo consorcio
como marcha la espuma con la ola?

¿Dónde encontrar dos ojos que en mis ojos
se miren siempre amantes, siempre tiernos?
¿Dónde encontrar dos labios que en mis labios
dejen, de ardiente amor, besos eternos?

¿Dónde?... No sé; más la razón me dice
que nunca encontraré lo que deseo,
y sin embargo espero, espero siempre,
sin hallar lo que busco en lo que veo.

Por todas partes la traición, el vicio:
arriba, abajo, do la vista mira...
Hay que grabar sobre la faz del mundo
este letrero cruel: « *Todo es mentira.* »

Una y mil veces sí. Nada resiste
al tiempo y los reveses de la suerte;
el amor pasa, la amistad concluye,
y no hay otra verdad más que la muerte.

Yo he pretendido ahogar mi pensamiento
en el alegre vino de la orgía;
pero ¡ay! que cada gota que he bebido
mi pasado infeliz reproducía.

Ya ni cólera tengo; ya no puedo
inquietarme por nadie ni por nada.
¿Qué me odian, me desprecian, me escarnecen?
¡Qué me importa el rugir de esa meznada!

Bohemio de la existencia, vivo lejos
de eso que llama sociedad el mundo,
arroyo manso de ondas cristalinas
con un lecho de fango nauseabundo.

¿Qué será de la límpida corriente
si la remueve la razón del hombre,
y analizando con sereno juicio
le llama á cada cosa por su nombre?

Fué ese mi único crimen en la vida,
rendir á la verdad culto sagrado,
decirle bruto al bruto, loco al loco,
al traicionero, vil; malo al malvado.

Es preciso concluir... Mi horrible angustia
en vano, en vano describir quisiera:
es algo cual si el aire me faltase
y sintiera morirme... y no pudiera.

Trae hasta mí la brisa de la tarde
el eco de una voz que me es querida,
que viene del sepulcro de mi padre
y á abandonar la tierra me convida.

Sé que sufres, me dice, hijo del alma,
y desde aquí, también lloro contigo;
¿qué esperas ya sobre ese mundo ingrato?
ven á la tumba á conversar conmigo.

Y esa voz seguiré.—Es imposible
resistir tanto afán y dolor tanto:
¡no faltará la ráfaga de viento
que una mi polvo al de mi padre santo!

Enrique Rivera.

Enero de 1900.

CREPÚSCULO

(RECUERDOS DEL VERANO DE 1898)

A mi querido amigo
el doctor don José Irureta Goyena.

Una tarde, en que la naturaleza adormecida se preparaba á recibir en silencio la invasión de las tinieblas de la noche, en que la brisa parecía haberse ausentado para siempre de las feraces cuchillas de... volvía con uno de mis buenos amigos, para casa, la-deando el frondoso y agreste monte de la *estancia*.

El sol había traspuesto la última cuchilla hacía rato, y los tintes crepusculares iban invadiendo llanos y elevaciones como si quisieran vestirlo todo con su misterioso ropaje. Las horas del silen-

cio y de la meditación comenzaban; y tal vez, predispuesto el ánimo á la reflexión tranquila, que tan bien se armoniza con la calma de la Naturaleza, hizo que detuviésemos, mi acompañante y yo, las cabalgaduras, casi inconscientemente.

Desde la cuchilla en que nos habíamos estacionado, contemplábamos espléndidos panoramas. A nuestra espalda, el monte y su espesura, silenciosa entonces, sin dejar oír el ruido de una hoja siquiera, coloreándose uniformemente el follaje, y perdiendo tonos y medias tintas bajo un verde-oscuro pronunciado. En Occidente la lucha momentánea de luces y sombras, traducida en una claridad marcada en el horizonte, blanca primero, amarilla después, luego verde, y azul por último, hasta perderse en una intensa oscuridad: postreros rastros del radiante paso de Febo por la esfera, eternamente comenzado y eternamente concluído de igual modo, á semejanza de las fortunas del jugador ó de los auges del político. Y allá, á lo lejos, en el bajo, la casa de la *estancia*, cual blanca mancha de ropa tendida, interrumpiendo el color amarillo-oscuro del *espartillal* espeso que cubre el campo, como si quisiese ser nota discordante en el concierto de quietud que la naturaleza ha organizado.

Ante las maravillas naturales, el hombre inclina su frente convencido de la superioridad de lo que admira y de su propia impotencia; ante el poema inmenso del Universo, el *Rey de la Creación* se da cuenta de lo fantástico y engañoso de este epíteto, que se da á sí mismo para dorar con un arrogante calificativo fementidos y momentáneos esplendores. Mi compañero y yo hemos callado, impuestos por la solemnidad del sueño de las cosas, sintiéndonos muy pequeños para interrumpir con nuestro bullicio el adormecer de la madre común. En presencia del silencio sepulcral que nos rodea, turbado á largos intervalos por el eco lejano del balar plañidero de alguna oveja, el distante y lento mujido de algún toro ó el pío momentáneo de un pájaro perdido en la espesura, nuestro ánimo se ha reconcentrado, y sin articular palabra, sin mirarnos siquiera, nos hablamos con el pensamiento y nos vemos con los ojos de la imaginación: nos hemos comprendido perfectamente y participamos de las mismas ideas: también dormimos, como las cosas, el sueño de la tranquilidad, gozando del

descanso del espíritu, que sólo se encuentra allí, lejos de los hombres y de sus maldades...

¿Cuánto tiempo habrá transcurrido así? No lo podría decir. Al llegar á *las casas* aquella noche, nadie esperaba en el portón á mi amigo, y al desmontarme yo no oí, como otros días, el acento apasionado de aquellas *vidalitas* que, dirigidas á mí y cantadas por ella con ternura y delicadeza infinitas, parecían decirme: ¡te quiero mucho, te adoro!: es que la casa, como nosotros, como todo, en fin, no quería ser nota discordante en el llamado al silencio que la Naturaleza había hecho.

Ambrosio L. Ramasso.

Montevideo, Febrero 16 de 1900.

EN LA BRECHA

Para Julio Herrera y Reiasig.

Yo no puedo domar á los soberbios
arranques de mi espíritu que vibra
con un rayo de luz entre mis nervios,
con una tempestad en cada fibra!

Nací para triunfar. Y desde abajo
levanto la canción del insurrecto;
y es mi voz la proclama del trabajo
y el *hossanna* triunfal al intelecto!

De la pasión al formidable arranque
es mi verso una cólera latente.
¡Yo quiero que la idea no se estanque
en el alveolo oscuro de la mente!..

Ya cantaré otra vez para las razas
el himno redentor del oprimido,
con una voz rugiente de amenazas
como lamento de león herido.

No me he de doblegar. Para el asalto,
están las fuerzas de mi alma vivas.
Las águilas que cruzan por lo alto,
porque miran al sol, marchan altivas.

No me he de doblegar. Para el perverso
de la lira, en la fiebre que me ahoga,
con cada cuerda forjaré una sogá;
y así lo colgaré de cada verso!...

No he de abatir la frente. Sublevado
contra las trabas de una edad funesta,
pienso que es un sublime renegado
quien de la humana condición protesta!

Y por eso Luzbel con su grandeza
sobre mi frente luchadora prima;
que quien lleva muy alta la cabeza
sólo la abate con el cielo encima!

No me he de doblegar, porque inspirado
quiero antes de caer en la pelea,
como de Marathón aquel soldado,
anunciar el gran triunfo de la idea.

No me he de doblegar. Y cuando muera,
ha de servir mi blusa ensangrentada
para hacerla flamear como bandera
sobre la redentora barricada!...

Francisco A. Riu,
Argentino.

La Plata, Fructidor del 900.

VESPERAL

Para García Cisneros, eximio pensador y
amigo.

Llegué á la cumbre. Agonizaba el astro
en su charca de sangre, y dos estrellas
miraban su agonía. Rojas huellas
dejaba el moribundo. Tras su rastro

la Luna como un disco de alabastro,
seguida por sus pálidas doncellas,
ritmaba, entre el silencio, sus querellas
En una estrofa en flor de Eugenio Castro.

Un ave rezagada cruzó el cielo
y vió la roja tumba. Un ritornelo
vertió en los aires con sus notas únicas:

los rosales doblaron la cabeza;..
y dió su pincelada de tristeza
la Noche arrebujiándose en sus túnicas!..

Manuel J. Sumay,
Argentino.

Buenos Aires, Estío del 900.

EL CASCO NAUFRAGO

(Conclusión)

Al acontecer el naufragio, un vecino del paraje que venía cotidianamente á huronear cuando el intento de salvataje por ver si en la confusión del desastre lograba obtener algo por vías más ó menos honestas, se llevó para su casa uno de los perros de á bordo. Era sueco, de la misma nacionalidad del barco, alto, fortacho, lanudo, de pelaje rizado, de color atabacado, de hocico alargado y de ojos grandes y vivarachos. Puesto al desembarcar en la playa, se encontró como abatido; dejó de ladrar como lo hacía sin cansarse y sin causa en cubierta, asomando la cabeza por las gualdrinas y los portalones insignificantes de la mura de proa. Mascullando se fué á echar tristón á pocos pasos al lado de una cruz de madera carcomida por los bostezos salobres, plantada sobre la sepultura *in naturalibus* de un oficial de marina; única señal lavada que le dedicó el recuerdo que dice lo mismo para muchos de los que cuentan con epitafio, loza y emparrillado; humilde símbolo que sobrevive hace algunos años, habiéndose acostado más de una vez en

la tierra bajo los pechazos de los huracanes, moneda corriente en esos lugares, para ser nuevamente clavada con religioso respeto por piadosa mano.

Más tarde el perro náufrago sacudió su murria nostálgica familiarizándose con aquellos parajes desolados. Acompañaba siempre á su adoptivo amo en sus excursiones á caballo. Había también olvidado su mote sueco, obedeciendo por su nombre criollo de segunda pila.

Pero el animal, si había demostrado irracional inconstancia para su verdadero llamativo, indicaba sin embargo, tener vivo el recuerdo del barco.

Transcurrieron muchos meses. Cuando el perro solía pasar en seguimiento de su amo en donde se hallaba el casco perforado en su asiento de arena en estado misérrimo allí, á yardas de la afluencia del arroyo Balizas en el Océano, detenía su trotecito rítmico detrás de la cabalgadura., retrasándose al jinete por largo rato. Entrando en el agua ansioso conténtabase con ladrar vehemente como practicando auto de reconocimiento al pegar con los remos en sus alocados saltos y brincos bajo la línea de flotación, casi siempre en seco y forrada de planchas viscosas por el asentamiento de las algas que componían así extraño y jabonoso tapizado. Allí se detenía — mientras el jinete iba desapareciendo entre los medanales, dirigiendo miradas al casco de trepanada escafa acentuadamente tumbada; al casco eternamente inmóvil, severo, mudo, como dormido á los dulces cintarazos de las olas que se estrellan sobre su cuerpo maltrecho — sobre su silencioso cuerpo como en un éxtasis de monje cartujo, con el filo de proa mordido por los taladros y erizado de groeras y piqueros naturales Y en alto, bajo el tronco astillado del bauprés en el figurón y apoyándose en la perdigueta tan sólo la sílfide esculpida en madera, percutida ya. Conservando cierta expresión de vida sobre todo lo demás en completa ruina, lo único que no mostraba tan paladinamente sus orines poseyendo un algo, un rasgo de animación como en la cara de ciertos ancianos que al través de los apergaminamientos dejan entrever un hilo de luz, en que se traduce la vida rozagante de antes.

II

La « Mandal » al soportar en su encalladura tanto temporal parecía ya haberse consagrado invencible por el mar y aludiendo á sus restos en conversación más de uno solía decir, á su contricante « primero se va á deshacer usted que la barca sueca »... Empero el buque de un tiempo á esta parte se había descalabrado más. En tiempo bueno los cachones empenachados de espumas y airosos parecían acariciarle con su dulcísimo susurro, lamiéndolo, abriéndose al dar el golpe muelle en la popa para volverse á fusionar en su avance bajo la proa y luego fallecer en la playa, dando un suspiro apacible y tristón á la vez como un sarrillo. Los clavos con muescas, los pijo-tes de hierro estaban cubiertos de una limosidad, de un orín de granitos rojizos como en salpullido y las más altas láminas de cobre de un sarro color verde pita. La tableta con el nombre de la embarcación había desaparecido desclavada de un galón por un fuerte golpe de mar. Los rumbos abiertos y cerrados ligeramente cuando se creyó en su posible zafadura, se habían abierto mucho más y bajo el peso del agua entrada el buque había terminado por hundirse enormemente de popa y cuando hacía mucha mar las oleadas gruesas reventaban furiosas y elevando sus crestas, como lenguas que se estiran para lamer, traspasaban, dando golpes ensordecedores, la obra muerta para penetrar por la minada cubierta en los compartimentos oscuros y húmedos como cavernas y exhalando tufos salinos ese perfume amargo de las olas...

Una tarde sin sol. El viento silbaba furioso levantando remolinos con la arena de las dunas. El cielo estaba negro como el forro de palastro de una caldera. Las oleadas, altas caudalosas, pesadas rompiánse frenéticas unas sobre las otras en cimbreos traidores, reforzándose, combinándose, hundiendo las crestas para eruirse elásticamente saliendo de pasajeros abismos y hondonadas dándose zurriagazos con sus bordes festonados de espumas, claros, de verde botella y con sus cuerpos regordetes glaucos, verde sucios, con reflejos pardos... Y entre la promiscuidad picos que se elevan y se hunden, plastes de espumas que se desvanecen en las combas y lloviznas menudísimas que recogidas por el huracán via-
jan cuadras y cuadras sobre el elemento descocado.

Y en la playa lavada, sin un asomo ni á lo lejos de vivienda humana y al pie de cadenas de médanos viajeros, llegaban los cachones más ordenados, resbalándose sobre la superficie en una fila arqueada que se retrasaba para reventar rabiosas en un herbor de espumas y golpes secos que unidos como en una sola pieza aparecían violentos saldrapazos seguidos de un quejido idéntico al que se desprende de un bosque de pinos y alerces á los fustigazos de un viento impetuoso.

En los farrallones que enarcan sus lomos peñascosos con aspecto de torreones, almenados y castillos monolíticos, los lobos marinos lanzaban al aire como acometidos de una cólera terrible, mugidos cavernosos, broncos, alaridos horribles como voces de otro mundo.

Cerrada la noche la tempestad arreció. En tanto la «Mandal» como ser misterioso que se mueve á la sombra, se amacaba sobre su encamadura de piso de sábulo, después de muchos años de inacción en su estribo de arena. Como un paquete al echar humo aprestándose para zarpar, la barca se deslizaba de su asiento en trébede cada vez más, preparándose así su deslizamiento fatal. Una ola llegó entre la sucesión continua y desordenada de sus compañeras más sañuda, más corpulenta, más negra, más fornida y más cruel — era la que por fatalismo estaba indicada para deshacer como por certero golpe de maza, el casco de la antigua barca sueca allí estancada por muchos años. En medio de la noche como muere ignorado un ser de la turba humana, el esqueleto de la barca se había destrozado sin que sobresaliesen sus crujidos entre los demás ruidos de la borrasca desatada.

El mar se lo había tragado completamente. Nada quedaba ya, á no ser una tabla tinglada resto de aquellos restos que aislada fué juguete de las olas en sus espumosas rompientes de la playa y dos botes que yacían volcados desde el naufragio entre unos médanos cercanos á la costa cargados en su interior de arena acumulada por los vientos y advirtiéndose en el enmaderado los listones envejecidos...

Amanecía. Un grupo de gaviotas y preteles revoleaban sobre las aguas. Y muy cerca de allí en el faro casi escondido al pie de una loma donde verdeaba un césped debilitado por la arena, las lámparas se iban apagando... Los cristales gruesos y los reflecto-

res azogados cesada ya la llama de los mecheros comenzábanse á enfriar á medida que la luz natural, la claridad difusa del alba íbase vigorizando para alumbrar la siniestra costa.

Las paredes macizas que sostienen en lo alto la garita donde se hallan alojados los reflectores, blanqueaban más claramente, surgiendo de las sombras en su embretamiento de enormes breñas negras y mohosas, bloques en cuyas gibas salpicadas con profusión por capuchas de lapas como inofensivas berrugas, pasado el reflujo, quedaban hasta el nuevo repunte de la marea las algas marinas, de todos los matices, traídas por las corrientes durante un tiempo marcado como para orear sus babas. Y en las canaletas y baches que dejan los escabrosos riscos, con agua represada flotaban á merced del viento las huevas aglobadas de las medusas, que también llegan en persona á morir olvidadas en la dilatada playa con sus cuerpos flácidos y cristalinos teñidos con color de lilas y de violetas...

Carlos H. Mata.

Montevideo, Enero 6 de 1900.

SÚPLICA

Recuerdo que pasastes,
El cielo alborotado
Tiñó sus blancas nubes
Con mágico arrebol.
Y en medio de tu rostro
Por ángeles tallado,
Tus ojos desprendidos
De un astro immaculado,
Sin luchas apagaban
La luz del almo Sol.

Claváronse en mis ojos
Tus nítidas miradas,
Noté mi pecho herido
Por súbito dolor.
Que buena esclarecías

Mis noches desdichadas,
Que en el jardín repleto
De flores deshojadas,
Nacía seductora
La rosa de mi amor.

Tu fuiste desde entonces
Mi gloria, mi tormento,
Mi calma, mi ternura,
Mi vida, mi cantar.
Al verte tan hermosa,
Al roce de tu aliento,
Vagaba por mi mente
Mortal el desaliento,
Y pálido sentía
Las ganas de llorar.

Lloraba al figurarme
 Que tu alma y tus anhelos,
 Tu sueño, tu esperanza,
 No fueran para mí.
 Y que á pesar de todos
 Mis cándidos desvelos,
 Mis noches tempestuosas,
 Mis cuitas á los cielos,
 Lograr nunca podría
 Tu codiciado sí.

Observo que era exacto,
 Que esquivas el amor mío
 Rechazas inclemente,
 Que matas mi pasión.
 Que estás siempre á mi lado
 Con tedio y con hastío,
 Que impía me desprecias,
 Que está tu pecho frío,
 Que es de otro, de otro hombre
 Tu ardiente corazón.

Y yo que penetraba
 Sonriente y satisfecho,
 Creyéndome dichoso
 Del templo en el umbral.
 Que hallaba el horizonte
 Para mi amor estrecho,
 Que guardo con cuidado
 Aquí, dentro del pecho,
 Tu sombra bendecida,
 Tu imagen virginal.

Hoy cargo vacilante
 Mi angustia y mi martirio,
 Cual Cristo destinado
 Por ti, solo, á sufrir.
 Verdugo de mi alma
 Advierte mi delirio,
 Mis ojos suplicantes,
 Mi amarillez de cirio,
 Mis quejas que pregonan
 Que pronto he de morir.

A dónde iré, yo, ahora
 Gimiendo mi tortura,
 Velando mi vergüenza,
 Clamando tu desdén.
 En dónde habrá ambrosía
 Que aleje mi amargura,
 Qué estrella fulgurante
 Me brindará su ayuda,
 Qué árbol del desierto
 Me prestará sostén.

A dónde iré á ocultarme
 Para olvidar mi suerte,
 Tu célica sonrisa,
 Tu olímpica altivez.
 Si cuando, eterno, pasa
 Tan solo un día sin verte,
 Me muero de fastidio,
 Me quedo triste, inerte,
 Sumido en lo profundo
 De negra lóbreguez.

Ten pena de tu amante,
 Si quieres mi agonía
 Ver pronto terminada,
 Que arroje, allá, mi cruz.
 Que reine sin ocaso
 En mí, santa alegría,
 Que brote de mis versos
 Espléndida armonía,
 Que avive de mis ojos
 La moribunda luz.

Envíame tan sólo
 Veloz una promesa,
 Ofrece convencida
 Que mucho me amarás.
 Mandame tu suspiro
 Que dulce me embelesa,
 Y juro por tu garbo
 De tímida princesa,
 Que este hombre esas bondades
 No olvidará jamás.

Te juro por mi madre
 Que volverá el encanto,
 Que iré como una sombra
 De tu carrera en pos.
 Que no verás corriendo
 Las hondas de mi llanto,
 Te juro idolatrarte,
 Te juro querer tanto,
 Como aman los creyentes
 Al bondadoso Dios.

Atiende mis pedidos,
 Si no me muero ingrata,
 Sin savia ya se extingue
 Mi pobre juventud.
 Responde á mis querellas
 Que tu quietud me mata,
 Observa que la muerte
 Gozosa me arrebatá,
 Contempla que ya traen
 Mi lóbrego ataúd.

José Salgado.

A ELISA

Cuando te hablo de amor, divina Elisa,
 ¿Por qué ese aspecto indefinible ostentas?
 ¿Ignoras que es presagio de tormentas,
 En muchos labios la burlona risa?

¿Recompensas mi amor ó cruel me afrentas?
 Mi mente, al responder, está indecisa
 Sobre si existe dolo en la sonrisa
 Con que calmar mi desazón intentas...

Y á fe, no es de extrañar el que no alumbre
 La luz de la razón, mi incertidumbre,
 Pues leí (no recuerdo si era en Viernes

O en Lunes ú otro día), en cierta historia,
 Que, lo mismo Judit sonrió á la Gloria
 Que al tronco, ya sin vida, de Holofernes.

Tomás A. Amadeo,
 Argentino.

La Plata, 1900.

BRAMA

Para Julio Herrera y Reissig.

Un bochorno de fábrica revienta
 las rosas del sendero. La gramilla
 gime bajo mis pasos, mientras brilla
 Febo en el cénit como un ascua. Lenta

Viene á mi, guarecida en la sombrilla,
 Luty, la rubia impúbera. Violenta
 su seno ya el corsé. Trasciende á menta
 su falda gris á media pantorrilla.

Llega. Ya erige su combés la nalga,
 más son sus ojos de cristal verde-alga
 dos inocencias pensativas y hondas...

Pasa. Y tras ella mi pupila irradia,
 mientras pienso en un Sátiro de Arcadia
 que arrastrase una Ninfa hacia las frondas!..

Oscar Tiberio,
 Argentino.

La Plata.

IDEAL

Tan perfecta es su hermosura
 Que un alado serafín
 A veces se me figura,
 Y no hay una flor más pura
 Que ella en ningún jardín.

Ciegamente enamorado
 Con embeleso la admiro,
 Y suspenso, enajenado
 Por estar siempre á su lado
 Con vano anhelo deliro.

¿Quién al verla no la adora?
 ¡Yo hasta su esclavo sería!
 Si es más bella que la aurora
 Más dulce y encantadora
 Que toda la poesía!

¡Ah! si mi pluma pudiera
 Trazar el retrato fiel
 De mujer tan hechicera,
 ¡Cuántos millones valiera
 Esta hoja de papel!

Podrán existir hermosas
 Deidades en parte alguna;
 En el edén portentosas
 Vírgenes maravillosas
 Pero como ella ninguna!

Antolín R. Lasús.

Buenos Aires, Marzo 3 de 1900.

RUBÉN DARÍO

De tu argénteo buril brotan las rimas
 como una lluvia de oro refulgente:
 crepúsculos que surgen en Oriente,
 auroras que desmayan en las cimas.

Cíclope, bajas á las hondas simas
 donde se arrastra el bullidor torrente;
 águila, tocas del gran Sol la frente
 y recibes la luz con que te animas.

Burilador de extrañas concepciones
 es tu numen volcán donde crepita
 la idea que da vida á tus canciones.

Mago que buscas la oriental mezquita
 del país de las bellas Ilusiones
 donde enciende el Amor su luz bendita!

Horacio Olivós y Carrasco,
 Chileno.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

REFORMA DE LAS CLASES PASIVAS

II

La denominada situación de *reemplazo*, da lugar á que esperen pacientemente su turno mil seiscientos sesenta y cuatro jefes y, oficiales, (1) que digimos costaban á la Nación \$ 58,514.50 y que naturalmente, por su condición de militares, tienen derechos adquiridos para pretender y ocupar los puestos vacantes del Ejército.

La circunstancia de exceder en ese número á los necesarios para el servicio y razones de edad, suficiencia, enfermedad, achaques, en fin, múltiples causas que una ley de retiro debiera haber previsto, los refugia en la situación de reemplazo, indebidamente estatuida en nuestra organización militar, por la contradicción subsistente entre la pasividad, muchas veces constante que la caracteriza y la actividad y demás energías que son requeridas, sin intermitencias, del que está en ejercicio de un empleo militar.

No es posible tampoco justificar la permanencia de la situación de cuartel, limitada por el Código Militar, única y exclusivamente á los oficiales generales y por un decreto gubernativo extensiva á todos los jefes y oficiales en disponibilidad; de modo que la referida circunstancia implica tácitamente admitir que ésta puede ser relativa sin que se pierda el estado militar.

Un ejército regularmente organizado sólo debe tener oficiales en actividad; es decir, oficiales utilizables en todo tiempo y lugar. En los casos en que dejen de pertenecer á los cuadros activos para pasar á retiro, entonces sus puestos deben ser llenados con los que

(1) No comprendiendo los colocados en las carreras civiles, incluso policías.

están directamente en condiciones de servirles en armonía con una ley de ascensos especial. En cuanto á las demás promociones que se sucedan, el procedimiento y orden será análogo hasta llegar á los empleos inferiores, cuya provisión corresponde á la Academia General Militar, para cuyo efecto el número de alumnos que cuente debe estar en proporción con las necesidades existentes.

De este modo la carrera militar sería una verdadera carrera, con rumbos fijos y porvenir marcado; reconquistaría todo su prestigio, se despertaría la emulación y en cuanto á los militares que estuvieran en sus puestos activos constituirían la vanguardia de una agrupación científica y sólida, con un puesto prominente en la escala de las demás instituciones del país.

Impiden llegar á este fin el exceso de oficiales que constituyen las citadas listas militares, porque no es posible organizar sólidamente una institución seria sinó sobre la base de un perfecto funcionamiento de todos los resortes que la constituyen, eliminando, trasponiendo ó sustituyendo los que sean necesarios.

La reforma á voluntad, ya lo hemos dicho, deja ancho campo para que se efectúe sin mayores trastornos la eliminación de los oficiales sobrantes, pero hay que complementarla con la ley de retiro, sin cuyo requisito previo no sería eficaz, vale decir, fracasaría, pues irían á la reforma solamente un número determinado de militares.

Las disposiciones en vigor por este concepto que preceptúa nuestro Código Militar, tienen que ser verificadas ó suplantadas por otras de acuerdo con los usos modernos, tomando como norma las análogas que rigen en otros países, con más el aditamento de que comprendiera los oficiales que están demás, procedimiento que vendría á instituir una nueva « lista muerta », que al igual de sus congéneres, las demás listas muertas (viudas y menores militares, inválidos, etc.), se atenderían bajo un mismo rubro y desde igual punto de vista: la reforma.

Los retirados militares, una vez perdido el estado militar sin interés alguno en disfrutar un sueldo de retiro inferior á la renta que les produciría el capital de reforma, se acogerían inmediatamente á ella y en consecuencia salta á la vista la resolución feliz del problema que hemos planteado.

Como se ve, la reforma propuesta no deja de tener en definitiva

cierto carácter obligatorio, pues no pueden escapar á ella los comprendidos en la ley de retiro que, lo repetimos, serían los 1,664 jefes y oficiales de que hemos hecho mención; no obstante esto, queda desvirtuada, por los términos en que se formula, pues no se compele á nadie, sino que se reorganiza la institución del Ejército con arreglo á prácticas de otros países más adelantados y ajustándose á la parte final del artículo 83 de la Constitución de la República.

Julio Dufrechou.

(Continuará).

NUESTRA MARINA

(Conclusión)

III

Los perfeccionamientos constantes que recibe la unidad táctica de marina, es decir, el buque de combate, son de tanta importancia que á menudo inutilizan elementos relativamente modernos, haciéndolos impotentes para resistir la energía que acumula el progreso creciente y es por esto que nace en algunos la idea de que, para oponerse á ellos en todo momento, se impone el cambio constante del material de guerra, lo que sin discusión, requiere grandes cantidades de dinero, y por eso montañas de oro se invierten en mantener en pie, el poder ofensivo y defensivo que caprichosamente sueña cada país.

En las naciones americanas, no es posible que se sigan los hábitos europeos y si así sucede actualmente en algunos países, los descalabros son seguidos y enevitables. Bastaría particularizarse con cualquiera de las marinas americanas para llevar á todos el convencimiento de que los resultados que se observan no son del todo halagüenos. Pero esto no es mi objeto y además los resultados actuales que dan los procedimientos en práctica, evitan toda discusión, comprobando mis afirmaciones.

¿Qué es lo que debe hacerse entonces? Conviene, en mi sentir, analizar las partes constitutivas de una marina de guerra, separar con conciencia lo *indispensable* de lo *auxiliar*, y deducir después, la posibilidad de conservar lo primero, abandonando lo último, hasta el punto de no afectar, en ningún caso, la bondad del arma ni su potencia fundamental.

¿Quién argumentará que la nación que posea muchos buques entre los cuales, la quinta parte construidos en el año *uno* y así sucesivamente hasta contar unos pocos modernos, es dueña de una armada poderosa? El número de buques no siempre representa poder. Sin embargo, nadie dudará que aquella nación que posea en todo momento un cuadro de oficiales, clases de marinería perfectamente instruida teóricamente, aclimatados á las rudas caricias del mar, y cuente además, con el capital para la adquisición de buques, cuando convenga, tendrá en todo momento que lo exijan las circunstancias, un conjunto de escuadra envidiable por su poder y composición.

Dinero y marinos son los elementos indispensables para tener escuadra; no se necesitan buques de combate en tiempo de paz, buques que no puedan maniobrar constantemente porque consumen mucho y por lo tanto están obligados á permanecer la mayor parte del tiempo fondeados, sirviendo con mucha utilidad, para lo que he dicho anteriormente.

La práctica no debe hacerse en buques de combate, sino en naves especiales que puedan reunir en oficialidad y tropa el núcleo principal de un verdadero poder naval.

Ahora bien; para obtener dinero, el procedimiento no es, ni puede ser difícil, teniendo en cuenta el progreso de las ciencias económicas y sobre todo, el fin serio que se busca, que es la defensa nacional. Cuando un país quiere dinero para el objeto en cuestión, lo adquiere, sea por el sistema de impuestos especiales á crearse, sea destinando una parte de las rentas nacionales ó protegiendo la marina mercante nacional, que dejaría en sus transacciones los fondos suficientes para sostener la de guerra.

El dinero es necesario con carácter permanente, desde que definiendo el sistema de tener siempre buques-escuelas y no buques de combate, y para obtenerlo, sería práctico é indispensable crear un

tesoro especial permanente, destinado exclusivamente á la compra de buques en la oportunidad debida.

Este tesoro que pudiera denominarse « Tesoro naval », debe ser administrado en forma especial, que pudiera garantizar en todo momento un constante respecto á su integridad.

Para probar que el gasto que ocasionaría la escuadra poderosa que he mencionado en artículos anteriores, es soportable por la nación, supongo sin exajerar, que pudiera reunirse con ese objeto, poniendo en acción los elementos indicados, la cantidad de pesos 800.000 anuales.

De este total, ó de cualquier otro que resultara, sea mayor ó menor, debe invertirse una parte solamente en la conservación permanente de la oficialidad y la otra en depósito para destinarlo á las adquisiciones cuando fuera necesario. No pretendo que ese depósito destinado á reforzar continuamente el « Tesoro naval » pudiera, por ahora, llegar al total necesario para un caso urgente, pero siempre serviría como gran ayuda, evitando descalabros financieros, como ha sucedido en algunas naciones que han dado ejemplos que no debemos imitar nunca.

Puede abandonarse el asunto capital desde que nadie ignora que lo dicho es fácil verificarlo sin grandes dificultades ni mucho gasto de ingenio, y pasaré, entonces, al análisis del personal de marina.

He dicho que este debe instruirse con carácter permanente; el por qué de esta afirmación se desprende de las consideraciones apuntadas en el segundo artículo, y ya que esta condición es indispensable, el escalafón de marina debe ser cerrado, para evitar aglomeraciones perjudiciales, estando su número de acuerdo con el plan que se desarrolle, según las necesidades.

Si las otras naciones tienen 6, 10, 15 ó más buques de combate, deberá instruirse la oficialidad de los mismos 6, 10, 15 ó más buques, como también el elemento de acción entre la tripulación, elemento que lo representan los cabos de cañón, los cabos torpedistas y los cabos timoneles.

Esa oficialidad que de vicealmirante á guardiamarina debe practicar los conocimientos que se han indicado anteriormente, no puede marchar sino dividida en dos partes, alternándose continua-

mente, una parte en navegación, en viaje de instrucción por todo el mundo, y la otra, estudiando la hidrografía nacional, punto capital que se olvida con frecuencia, y además prestando los servicios que fueran necesarios.

La oficialidad que recibe así instrucción permanente representa, como se ha dicho, el Estado Mayor de varios buques de guerra, Estado Mayor de primer orden, con competencia que no negará ninguno de los que quieran oponerse al sistema que defiende.

Aclarando lo dicho, puede asegurarse, desde que se probará á su tiempo, que con una parte de la cantidad que se supuso obtener, por ejemplo, con \$ 500,000 anuales puede darse práctica constante é instrucción inteligente á un Estado Mayor de oficiales y clases de tropa que representen la perfecta tripulación de DIEZ buques modernos de combate.

Esto es sencillamente un gasto insignificante comparado con el resultado obtenido.

Si probara lo dicho con toda la claridad innegable de los números, no podrá negarse que mañana, que la patria necesitara marina, podría con un gasto permanente como presupuesto de marina, gasto que sería de \$ 500,000 anuales, tener el elemento nacional competente para organizar una poderosa escuadra de diez buques de combate.

Supongamos entonces, procurando ser lo más exacto posible, que un buque moderno, una nave de combate, necesite como Estado Mayor de oficiales, un jefe, un segundo jefe, un tercer jefe y 12 oficiales, y además 50 marineros entre cabos de cañón, torpedistas y timoneles.

El resto de la tripulación de cubierta no requiere siempre más que ser marinera, nunca técnica, y por lo tanto, en ese sentido, nuestra muchachada de ribera, cubriría con exceso el número de buques que proponemos.

Lo indispensable para diez buques de combate sería entonces:

- 10 jefes
- 10 segundos jefes
- 10 terceros jefes
- 120 oficiales
- 500 marineros;

agreguemos 5 jefes superiores y tendríamos, dando nombres, el siguiente escalafón para la potencia enorme de diez buques modernos :

JEFES SUPERIORES	{	1 vicealmirante
		1 contraalmirante
		2 comandos
JEFES.	{	10 capitanes de navío
		10 capitanes de fragata
		10 tenientes de navío
OFICIALES	{	40 tenientes de fragata
		40 alféreces de navío
		40 guardiasmarinas

El gasto anual, dando sueldos que correspondan á sus gerarquías y agregando un pequeño cuerpo de maquinistas, sería el siguiente :

1 vicealmirante	\$	500 00
1 contraalmirante	»	400 00
2 comandos á	\$ 300 00 »	600 00
10 capitanes de navío á	» 200 00 »	2,000 00
10 capitanes de fragata á	» 120 00 »	1,200 00
10 tenientes de navío á	» 100 00 »	1,000 00
40 tenientes de fragata á	» 80 00 »	3,200 00
40 alféreces de navío á	» 60 00 »	2,400 00
40 guardiasmarinas á	» 50 00 »	2,000 00
Presupuesto mensual	\$	13,300 00
500 marineros á	\$ 20 00 \$	10,000 00
Mesa de oficiales, 154 á	» 20 00 »	3,080 00
Rancho para marineros, 500 á	» 10 00 »	5,000 00
20 maquinistas á	» 100 00 »	2,000 00
Mesa de maquinistas, 20 á	» 20 00 »	400 00
80 foguistas á	» 20 00 »	1,600 00
Rancho de foguistas, 80 á	» 10 00 »	800 00

Total del presupuesto mensual . . .	\$ 36,180 00
Ídem ídem anual	» 434,160 00
Para carbón, artículos navales, etc.	» 65,840 00
	<u>\$ 500,000 00</u>

Esto es lo que se gastaría en mantener en constante ejercicio el personal principal de una escuadra de diez buques modernos de combate, escuadra que no posee ninguna nación sudamericana, con gastos muchísimo mayores, pues ese presupuesto es el que consume próximamente uno de los acorazados modernos, que crían en sus fondos, todo lo que es decible, fondeados durante meses y á veces años consecutivos, en los concurridos puertos europeos.

Adviértase, además, que se ha presupuestado un elevado personal de máquinas y se ha destinado una suma respetable para carbón, artículos navales, etc.

Una aplicación práctica de lo dicho puede hacerse con lo ocurrido últimamente en la República Argentina. Cuando no soñaba en el desacuerdo internacional, mantenía una escuadra de más de treinta buques, todos inútiles para el combate, y se vió obligada á comprar material nuevo á último momento para poder detener el avance del contrario. ¡Qué provechoso resultado hubiera dado el procedimiento que indico!

Si la escuadra que había de combatir tenía que ser adquirida en último momento, lo lógico hubiera sido no sostener una flota ficticia, con enorme presupuesto, sino mantener sus tripulaciones en continuo ejercicio.

Que siga con su sistema, y de aquí 10 ó 15 años, si necesitara una escuadra poderosa, tendría que adquirirla nuevamente.

Se preguntará lo que se hace con los buques ya adquiridos, la respuesta no puede ser otra que la siguiente: cualquier cosa, menos mantenerlos fondeados ó á medio desarme.

Ahora se dirá, y con razón, que al presupuesto anterior, muy aceptable, hay que agregar la nave-escuela, para que la instrucción pueda verificarse en la forma establecida, pero no es así, felizmente; el patriotismo nacional ha de regalarlo espontáneamente porque al hacerlo así, busca su defensa; el pueblo es el único beneficiado.

La naturaleza siempre sabia, ha dado á todos los animales irra-

cionales su defensa propia, pero al hombre le ha dado inteligencia para organizar la suya, y éste sería el momento de dar el paso adelante, cuando el país ha entrado triunfante en pleno dominio de su honradez administrativa.

Si la colonia española en ambas márgenes del Plata alcanzó á la suma de \$ 650,000, ¿por qué nosotros, mucho más numerosos y tan patriotas como ellos, no formamos el capital necesario para construir un buque-escuela como la fragata «Presidente Sarmiento» para que se condense en la forma establecida, la fuerza intelectual que en acción arrebatará la gloria sin esfuerzo?

No creo que una simple colonia extranjera, supere con su proceder brillante, al patriotismo de un pueblo noble como el nuestro.

Mirando la cuestión por su lado debido, se hallará la innegable importancia de lo propuesto, no es posible desconocer que la tendencia absorbente del fuerte, hace camino en la política del mundo, la fuerza prima al derecho, esta es la fórmula que se sigue y por lo tanto todo esfuerzo que tienda á dar defensa á los países, será noble y generoso.

Faltaría dar fórmula práctica para que se realizara ese gran concurso popular. Indico uno de los tantos caminos que pueden seguirse, que consistiría en emitir billetes, que sin ser de Banco, pudieran tener alguna semejanza ó parecido á cualquier acción ó papel de crédito. Estos billetes, con diferentes valores escritos, firmados por el Presidente y Tesorero de la Comisión Directiva, se daría á la venta en agencias, casas de cambio, librerías, etc., y sobre todo, solicitando el concurso, siempre eficaz, de la mujer, que en todo momento se muestra patriota y generosa.

El dinero recibido iría en depósito al Banco de la República y previa exposición de planos, al pueblo en general, se ordenaría la construcción de la nave-escuela, que llevaría en su pópa el nombre de nuestro inmortal «Artigas».

A todos los que simpaticen con la idea, los invito á iniciar este movimiento patriótico, constituyéndose en Comisión provisoria para designar quiénes, entre el Ejército, la armada y el pueblo, deben formar la Comisión Directiva.

Quiera el destino que mi patria tenga marina, porque abrigo la seguridad de que esta noble nación, que algunos pretenden hacerla chica, cuando es enorme, sería entonces la roca más dura que

encontraría la ambición extranjera, roca donde se estrellaría al nacer, cualquier veleidad de usurpación que pudiera herir nuestra integridad nacional.

¡A la obra orientales!

Federico García Martínez.

MONTEPIÓ MILITAR

Se ha hablado de organización del ejército, del mejoramiento de su administración, de su preparación teórico-práctica en las cuestiones esencialmente militares, pero se ha dejado encarpetaado este punto esencial de nuestro porvenir.

No son sólo aquellas cuestiones, las que comprenden la organización del ejército de la República; entra también en ese plan impuesto á la buena voluntad de los militares, el mejoramiento de la vida, de los que exponiendo su existencia, cuando las circunstancias lo exigen, en el campo de batalla, ó los que sacrificando su libertad individual, se concretan decenas de años al servicio disciplinario del cuartel, sin descanso alguno ni otras aspiraciones que servir á su patria. Entra, como digo, en ese plan reorganizador, hacer práctica la pensión que debe dejar á su fallecimiento para la familia, como justo tributo de sus afanes y desvelos de la vida de soldado.

Es la fiel recompensa que debe recibir para cumplir con más entereza y más sacrificios su sagrado cometido.

Desgraciadamente al presente, nos encontramos privados de ese legítimo derecho que la ley militar nos acuerda con perjuicio de nuestras madres, esposas é hijos, que quedan á nuestro fallecimiento desamparados, porque sabido es, que nuestros sueldos no pueden ser nunca orígenes de fortuna que pudiéramos legarle como herencia; y es por eso que en defensa de los derechos que nos acuerda la ley, queremos decir dos palabras al respecto.

Al emprender, pues, una era de proyectos para nuestro ejército,

realizables ó nó, es imposible dejar sin tratar, no uno nuevo porque se trata de una cuestión resuelta, sino llamar la atención sobre él, para poder conseguir su cumplimiento, en beneficio de nuestros intereses individuales y demostrar perfectamente que tenemos los mismos derechos, todos los militares, ante la ley, para el goze del Montepío.

Efectivamente, hoy no es el mismo el porvenir de las viudas y menores de aquellos militares que no ingresaron al ejército antes del injustificable decreto-ley firmado en la dictadura del señor coronel D. Lorenzo Latorre el año 1876, á no ser que por gracia especial el Poder Ejecutivo solicite del Honorable Congreso, una pensión para la viuda é hijos del fallecido.

Su aplicación que hoy se observa para los que pertenecen á la lista llamada 7 de Setiembre, no es precisamente el que nuestra ley militar, perfectamente sancionada en una fecha posterior (1884), estatuye, y si en épocas anormales podrá haber tenido algún motivo para su observancia, no así en épocas institucionales como la que gozamos, ante la que todos los ciudadanos tienen los mismos derechos.

Concluida la vida de un jefe ú oficial de dicha lista, no queda mas recuerdo de su existencia que la foja de servicios en los archivos del Estado Mayor — y aquella vida constante y esclava del soldado, del oficial y del jefe, aquellas privaciones y contrariedades tan generales en la vida militar, quedan á su muerte sin ningún reconocimiento para sus descendientes que ven desaparecer á su padre, esposo é hijo, que tantos sacrificios le había costado el puesto que su muerte gozaba, sin dejarle el pasar modesto que correspondia á dicho empleo.

Nuestra ley militar dice claro y terminantemente en su artículo 583 que *el Montepío militar es una institución piadosa que tiene por objeto el socorro de las familias de los militares y es una carga que la Nación reconoce por la administración que ha asumido de sus fondos, y en su artículo 584, que dicho Montepío comprende á todos los oficiales del Ejército desde la clase de Subteniente á Teniente General inclusive.*

De manera, pues, que nuestros legisladores comprendieron perfectamente y supieron valorar los sacrificios del militar, dando derecho para su familia á percibir una pensión, que legítimamente

adquiría, puesto que dicho militar en vida, había creado los fondos necesarios para que produjeran ese rédito ó pensión, con el descuento que la ley le hacía de su haber respectivo, fondos que como lo dice el segundo de los artículos nombrados tomó la Nación á su cargo para su administración.

Ahora bien: ¿puede tener más fuerza un decreto gubernativo que fué expedido en épocas anti-constitucionales, que una ley perfectamente sancionada con posterioridad cuando es la misma la cuestión á que se refiere?—indudablemente que no, y esos derechos que dicha ley acuerda son los que defendemos para poder obtener los frutos para que fué creada.

Es cierto que á los jefes ú oficiales que pertenecen á la lista 7 de Septiembre, ó sean los que están eximidos del Montepío, no se les ha hecho descuento alguno para poder considerarse con derecho al goce de pensión, pero es cierto también que si á ellos no se les ha hecho dicho descuento, no ha sido porque no lo hayan permitido ó no tengan voluntad para que se les haga, ha sido solamente por estar en vigencia el decreto en cuestión que nos pone en diferente situación y con diferentes atribuciones que los que sirvieron antes del año 1876.

Una cuestión de tan trascendental importancia debía llamar la atención del Honorable Congreso, para hacerse obligatorio, por cuanto está íntimamente ligada, para el mejoramiento del ejército, fiel representación del adelanto nacional. El militar se concretaría con más constancia y decisión á sus obligaciones, viendo que tenía asegurada la pensión para sus deudos, dejándole la ayuda necesaria para la subsistencia de la vida, única aspiración del hombre después de haber cumplido con su patria.

Sabemos con toda seguridad que algunos compañeros tienen en preparación trabajos en este sentido ó de analogía en su resultado práctico; insinuamos su apoyo, presentándole, para su discusión, en caso de mejores condiciones que la actual ley militar, para poder conseguir de una ú otra manera que nuestro porvenir esté en las mismas condiciones que en todos los países que cuentan un ejército organizado.

Llamamos, pues, á los colegas que durante estos últimos tiempos con constancia encomiástica, han escrito sobre cuestiones militares, para que llenen algunas carillas de papel prestigiando este punto,

que reportará una conveniencia general para todo el elemento militar y veremos colocada en esa forma la piedra fundamental de nuestro Montepío.

Montevideo, Marzo 7 de 1900.

Jaime F. Bravo,

Teniente 1.º.

NOTAS DE REDACCIÓN

Nuestro director agradece con toda su alma las mil manifestaciones de afecto recibidas durante su enfermedad, tanto de sus amigos de Montevideo, como de Buenos Aires y otros puntos de la República Argentina. Asimismo hace extensiva esta declaración de gratitud, á la prensa, de Montevideo y de la otra orilla, por haber sido objeto de las referencias más elogiosas y en extremo galantes.

También considera que cumple con un deber de sinceridad periodística al participar á los distinguidos lectores de LA REVISTA que por mandato médico, en un plazo de dos meses no podrá dedicarse á ningún género de trabajo intelectual y como consecuencia su firma no figurará durante el tiempo expresado entre las de los distinguidos escritores del periódico que dirige. Como en uno de estos días se ausenta de Montevideo, lejos de la cual permanecerá un buen tiempo, se despide de todas sus relaciones y se disculpa con los colegas, colaboradores y amigos de la República Argentina por tener forzosamente que interrumpir la afectuosa correspondencia que con ellos mantiene.

NUEVAS PRESENTACIONES

Manuel Fombona Palacio. Es uno de los primeros literatos de Venezuela, que desde ha tiempo tiene conquistado un honroso puesto en la literatura del Continente.

Ixión, el notable trabajo con que hoy engalanamos las páginas

de LA REVISTA, es tanto por su forma como por su fondo, una producción de verdadero mérito artístico y literario. Hay en él ideas y principios contrarios á las escuelas modernistas, apoyando su tesis con la galanura de una vasta erudición.

Debemos hacer constar que dicho trabajo lo obtuvimos gracias á la exquisita amabilidad del distinguido literato argentino Luis Berisso, el cual mantiene estrecha amistad intelectual con aquel escritor.

Instamos al inteligente literato venezolano á que nos favorezca, en una próxima visita, con un destello de su hermoso ingenio.

—Concepción Mestre de Silva. Es uruguaya. Ingresa desde hoy en el número de nuestros colaboradores arrancando de su delicada lira notas llenas de sentimiento y armonía.

BIBLIOGRÁFICAS

Rimas—Con este título hemos recibido un tomo de poesías, de 364 páginas, editado en Chile.

Laura Bustos, que es el nombre de la malograda autora de este libro, descendió á la tumba cuando aún la primavera de la vida no había depuesto el beso de perfume en su nívea frente.

Revelan las páginas de este libro cuanto sentimiento impregnaba el alma de la inteligente niña, que hubiera llegado, sin duda alguna, á distinguirse en primera fila en la literatura de América.

Su última composición titulada «¡Adiós al mundo!», la hizo pocos momentos antes de elevar su alma á regiones desconocidas. Murió á los trece años, aún no cumplidos, víctima de una enfermedad que de tiempo atrás venía minando su delicado cuerpecito.

Agradecemos al señor don Nicanor Bustos la remisión del lujoso ejemplar, lamentando la pérdida prematura de una niña predestinada por el genio á figurar luminosamente en el firmamento literario de América.
